

Christian Escribà  
& Sílvia Tarragó

**EL OBRADOR**  
*de los*  
**PRODIGIOS**



CHRISTIAN ESCRIBÀ  
SÍLVIA TARRAGÓ

EL OBRADOR DE LOS PRODIGIOS



ESPASA

ESPASA  NARRATIVA

© Christian Escribà y Sílvia Tarragó, 2019  
© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S.A.U., 2019  
© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Espasa Libros, sello editorial  
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 6.823-2019  
ISBN: 978-84-670-5507-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/Printed in Spain  
Impresión: Rodesa, S. A.

Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

## EL DÍA QUE NACIÓ ALBA

Los primeros copos de nieve comenzaron a caer al final de la mañana de aquel día de Navidad de 1926. Al principio lo hicieron con tanta intensidad que todo el mundo pensó que sería una nevada considerable. El cielo había quedado cubierto por unas nubes gruesas y opacas que parecían confirmar este pensamiento, pero al cabo de un rato la tormenta perdió fuerza y terminó convertida en una nevisca.

Aun así, la presencia de nieve en Barcelona no dejaba de ser un fenómeno, un hecho casi milagroso que ofreció una estampa insólita de las calles. El paseo de Gracia y el Ensanche entero, la Rambla y el conjunto de arterias que formaban el entramado de la ciudad quedaron encalados por la fina capa que formaban los millones de pequeños cristales de hielo venidos de la atmósfera.

Ese suceso extraordinario hizo que muchos barceloneses salieran a la calle para poder disfrutar de un paisaje inusual. Lo que ignoraban era que otro portento de igual magnitud acababa de ocurrir en su ciudad.

Poco antes de que la nieve comenzara a caer, el cielo se había cubierto de una capa nubosa de un gris oscuro

que impedía el paso de la luz solar. Y, justo cuando los primeros copos comenzaban a descender sobre el aire turbio, en un modesto piso del barrio de Sants venía al mundo una niña que no era un bebé cualquiera.

Porque aquella criatura había nacido con un don.

Su talento aún tardaría unos años en manifestarse, pero, cuando lo hizo, fue la prueba de que ciertas personas nacen con una cualidad natural que es su mejor patrimonio. Y Alba, aquella niña humilde y privilegiada, había sido favorecida con un don hecho de intuiciones que se acercaban peligrosamente a la magia. Ya en sus primeros años, la percepción de sus sentidos era tan aguda que descubría sabores donde los demás solo veían comida. A esto se añadió después una imaginación constantemente espoleada por la pasión de transformar las viandas en un festival de sensaciones.

Pero aquella Navidad de 1926 todo quedaba aún demasiado lejos, como el nacimiento en Los Ángeles, seis meses antes, de otra criatura excepcional que, a diferencia de Alba, estaba destinada a la inmortalidad. Tal vez por haber nacido el mismo año o porque intuía en ella el ideal de un mundo que trasciende la carne, la futura cocinera siempre sintió una conexión especial con la estrella fugaz que fue Marilyn Monroe.

En aquellos momentos, sin embargo, Barcelona era ajena al estallido estelar de Hollywood. Así, mientras los Estados Unidos gozaban de su prosperidad económica a ritmo de charlestón y *hot*, la Ciudad Condal sufría la opresión del régimen dictatorial de Primo de Rivera, que limitaba muchas de sus libertades.

No obstante, los barceloneses recibieron las fiestas navideñas con la misma ilusión de siempre. Los escaparates de las tiendas mostraban sus mejores productos,

en las casas se montaron los pesebres y sus despensas rebosaban de manjares. En la plaza de la Catedral los feriantes instalaron un año más sus alegres tenderetes, y ese ambiente de ferviente tradición se extendió desde allí, inundando todos los hogares de una emoción festiva.

Una ilusión similar a aquella había acogido a Alba al llegar al mundo. Un sentimiento hecho del júbilo exultante que flotaba en el aire, y de la satisfacción que representaba ver consumada una larga espera.

Porque aquel nacimiento había hecho realidad un deseo ansiado durante muchos años. De hecho, podría decirse que aquella había sido también una nati-vidad milagrosa, ya que recordaba a las gestaciones in-sólitas que recogen los textos sagrados. Como aquellas mujeres estériles que alumbran tras una fecundación portentosa y extremadamente tardía, Adela, la madre de Alba, había tardado en ver cumplido su anhelo de maternidad. Aunque era mucho más joven que Sara, madre a los noventa, e incluso que santa Isabel cuando concibió a Juan el Bautista, se había resignado a su deses-perante esterilidad al ver que ya rondaba los cuarenta. Y, a pesar de la lastimosa frustración que le provocaba admitir lo que consideraba una incapacidad, tenía asu-mido que debía cargar con la lacra que la exhibía ante el mundo como una rama que nunca daría brotes.

Hacía catorce años que se había casado con Esteban, un afable maestro de escuela, y a pesar de ser una unión feliz, se había mostrado desesperadamente infecunda. Por ello, la llegada de Alba les había hecho tocar la cima más elevada de su cuota de felicidad, ya de por sí bas-tante alta, y sentirse unos escogidos de los caprichosos giros de la fortuna.

Por todas estas circunstancias, la niña nació y creció rodeada del amor ferviente de los padres, así como del de los abuelos maternos, que, a través de su única hija, veían cumplirse su afán de prolongar su propia progeneritura.

Por desgracia, a los otros abuelos Alba apenas los pudo tratar, ya que murieron antes de que ella comenzara a ir a la escuela. Pero el cariño y cuidados del resto de los parientes bastaron para que la niña se criara feliz en aquel barrio obrero salpicado de fábricas.

Allí, en las viejas calles de Sants que conservaban todavía vestigios de su pasado rural, la pequeña dio sus primeros pasos y vio forjarse sus primeras amistades. El suyo era un universo dentro del cosmos barcelonés que solo abandonaba cuando iba a visitar a sus abuelos maternos, que vivían en el barrio del Ensanche, mucho más señorial.

Fue precisamente en ese distrito donde la niña descubrió la pastelería Escrivà. Su abuela Elvira era clienta desde hacía un montón de años, cuando aún se llamaba panadería Serra, y tenía amistad con sus propietarios. Puesto que le gustaban tanto el trato como sus productos, en su casa jamás faltó un dulce hecho por Antonio Escrivà en ninguna celebración. Y no había nada que gustase más a Alba que acompañar a su abuela a elegir uno.

Por aquel entonces ya le permitían entrar en la cocina, pues se dieron cuenta de que poseía una intuición especial para captar la esencia de cada alimento, y para adivinar el potencial que estos podían añadir a las recetas de siempre. Dado que el reto de descubrir un nuevo matiz para el paladar era su motivación principal, no tenía miedo de experimentar, y por eso las horas se le iban entre ollas y fogones.

El aliciente que le suponían todos aquellos desafíos fue el que guio sus primeros pasos, pero, tras descubrir la pastelería, su verdadero acicate fue su fundador, de quien supo gracias a lo que le contaba su abuela.

Desgraciadamente, los años de despreocupada felicidad se desvanecieron demasiado pronto. Antes de cumplir los once, el idílico paisaje vecinal de Alba se resquebrajó, dando paso a una realidad amenazante y triste. El influjo nefasto de la guerra cayó sobre ellos como una maldición, marchitando cualquier atisbo de alegría. Las calles, las plazas, la carretera, todo se agostó igual que el cielo cada vez que llegaban los bombardeos.

Fue entonces cuando Alba descubrió el miedo.

A pesar de la felicidad que habría de llegar luego, ella nunca olvidaría la sofocante sensación de despertarse aguijoneada por el pánico al escuchar las sirenas de alarma antiaérea; de correr, aferrada a la mano de su madre, por calles caóticas donde se podía sentir el temor de los vecinos y palpar el peso de una amenaza invisible, y ni mucho menos el ansia que suponía la larga espera en los refugios donde se cobijaban, amparados por el consuelo de una seguridad transitoria.

Después de todo aquello, una paz perversa se adueñó de su mundo, como si fuese el desenlace fatal del hechizo, y dio paso a una nueva realidad.

Alba supo que nunca nada volvería a ser como antes. Su universo se había convertido en un presente devastado, lleno de escombros que cubrían las mismas calles que, trece años atrás, había cubierto la nieve.

Pero ella tenía un don, y sabía que bajo los despojos todavía latía la magia.

\* \* \*

*13 de junio de 1876*

Cincuenta años antes, en otro lugar y muy cerca de otro solsticio, se había producido un fenómeno similar.

Tan solo faltaban siete días para que el sol llegase a su máxima declinación respecto del ecuador celeste, y su potencia creciente calentaba los campos que se extendían por el llano regado por el canal de Urgel. Al sur de esa llanura, en una de las casas que formaban las callejuelas sinuosas del pueblo de Torregrossa, vino al mundo Mateo, un niño tan cargado de luz como los rayos que hacían intuir la proximidad del verano.

A diferencia de Alba, el recién nacido era el último de la larga descendencia de Ramón Serra y Raimunda Capell, que ya habían tenido once hijos antes. También a diferencia de ella, en el momento de su nacimiento no se había producido otro fenómeno que no fuese la proximidad del solsticio estival, que se celebraría una semana más tarde con la verbena de San Juan.

A pesar de todo, el niño había sido llamado a seguir un designio muy distinto al que presagiaba su origen humilde y campesino. Un destino que marcó la tragedia demasiado pronto, cuando, justo tres días después del parto, Raimunda murió, dejando huérfano de madre al pequeño Mateo. Esa desgracia pareció oscurecer la claridad tibia que hasta entonces había llenado la casa. De pronto, una sombra siniestra se conjuró con el silencio triste que siguió al infortunio, y la criatura conoció por vez primera la gelidez del desamparo.

Tener que encarar la desdicha a una edad tan temprana hizo que el niño comenzase a forjar lo que sería una tenacidad casi imbatible. Se aferró con pasión a esa existencia que acababa de estrenar y la sorbió con ansia,

como si fuese la rosada aureola del pecho de la nodriza que le buscaron para amamantarlo.

De ese modo, nutrido por los senos de María Olivares y empujado por el deseo de sobrevivir, Mateo se fue haciendo mayor. No obstante, la suya no fue una infancia fácil. A la ausencia materna se le sumaron después los vacíos que dejaron la muerte de algunos de sus hermanos, así como la partida de otros, que se fueron a hacer las Américas o en busca de un futuro mejor en Barcelona.

De manera imperceptible, la casa se fue llenando de silencio y, en esa quietud ancha y vacía, él comenzó a proyectar sus sueños. Entre sus preferidos estaba el de atravesar el océano, como habían hecho sus hermanos, para hacer fortuna en alguna de las colonias españolas.

Se imaginaba reencontrándolos en aquellas tierras fecundas, tras una travesía llena de emociones, como batallas con piratas y luchas con monstruos marinos. A falta de lecturas, porque no sabía ni leer ni escribir, su mente mezclaba ideas extraídas de conversaciones entre adultos y los relatos que le contaba María. Su fantasía tenía suficiente con aquellos ingredientes para construir una historia que lo llevase lejos de los sembrados y frutales que constituían su paisaje familiar.

No pasó mucho tiempo hasta que la realidad lo empujó no hacia el océano, sino hacia el litoral mediterráneo. Aquellos primeros años habían sido una acumulación de pérdidas que hubo de afrontar como pudo. Al ser el más pequeño de los hermanos, se quedó solo en la casa con el padre, a quien ayudaba en las labores del campo. En esos tiempos la vida no resultaba fácil prácticamente para nadie, por eso hubo de acostumbrarse a aceptar las carencias y las adversidades, como hacían

todos. A pesar de su edad, Mateo se adaptó a esa manera de asimilar las fatalidades con aparente templanza. Por dentro, se consolaba soñando con un futuro más amable.

Sin embargo, la existencia seguía obstinándose en ponerle trabas. Cuando tan solo contaba nueve años de edad, su padre murió también, dejándolo completamente solo. Esa última muerte fue la más sentida. El niño experimentó con más intensidad que nunca el peso de la pérdida y, a pesar de su juventud, fue consciente de que sus raíces no podrían aferrarse por más tiempo a aquel lugar de desesperanza.

De momento, para salir adelante hubo de conformarse con lo que pudo, y comenzó a trabajar en una masía, a pesar de que el trabajo allí no le gustaba demasiado. Pero las penurias vividas habían fortalecido su espíritu y le habían enseñado a ser paciente. Estaba convencido de que nada era para siempre, de que lo más importante era tener un objetivo, y él lo tenía. De hecho, siempre lo había tenido. Inconscientemente se le había manifestado mientras fantaseaba, como un aviso de lo que habría de ser su futuro. Por eso, en cuanto se quedó solo en el mundo, supo que el sueño de reencontrarse con sus hermanos tenía que convertirse en su meta.

Durante el tiempo que pasó trabajando en la masía tuvo margen para pensar en el modo de materializar esa idea; las labores que allí realizaba fatigaban su cuerpo, pero dejaban libre su mente. Por ese motivo, su cabeza daba vueltas mientras los sentidos se le agudizaban y le permitían aprender cosas como reconocer el cloquear de las gallinas, que corrían libremente por la explotación agrícola, para saber cuál de ellas iba a poner un huevo y así poder comérselo. Sin ni siquiera dar-

se cuenta, se había acostumbrado a ejercitar los pensamientos en su propio beneficio mientras afilaba también su ingenio.

Tras darle muchas vueltas, Mateo llegó a la conclusión de que embarcarse hacia las colonias era demasiado arriesgado, por lo que decidió que lo más factible era poner rumbo a Barcelona. Hacía algunos años que sus hermanos, Antón y Lorenzo, vivían y trabajaban allí. Ellos, estaba seguro, lo ayudarían a encontrar un empleo mejor que el que tenía, ya que en la capital la oferta era infinitamente superior. En cualquier caso, se decía, no tenía nada que perder.

Nada que no cupiese dentro del hatillo con el que, finalmente, salió del pueblo.